



El cansancio de los materiales
Leonor García Hernando

COLECCIÓN MASCARÓ

El cansancio de los materiales

Manuscrito

porque no tenía sa-
er
una aguja con su
punta en el fuego
donde el costurero?

@ aquella maña

porque no tenía sa-
er

una aguja con su
punta en el fuego
donde el costurero?
¿dónde dejó la caja
con su instrumental
modesto de costurero
donde el frasco de
alcohol

o al menos la peque-
ña botella de cana
y en la etiqueta del
mundo son ridículos.

¿cómo podrían ser el
líquido de un hotel ma-
llamo

determinado en oscuri-
dad

el pie ni siquiera
duele

pero está en el eso
enfino, fámica de
un mundo inestable
porque así es: hay una
pobreza de lo que
hiera minucias

barrocas ~~de~~ torpe-
zas de lo herido

que no tomé nota
del no subrayo

que no marcó en
circulo en esas zonas
de maderas
y no limpió la herida

en la etiqueta del
mundo son ridículos.

¿cómo podrían ser el
líquido de un hotel ma-
llamo

¿cómo podrían ser el
líquido de un hotel ma-
llamo

¿cómo podrían ser el
líquido de un hotel ma-
llamo

El cansancio de los materiales
Leonor García Hernando



2001, Leonor García Hernando
Buenos Aires Argentina.

Diseño: Paska

Ilustración de tapa sobre la pintura de Edward Hopper,
Habitación de hotel (1931).



hermanos 1969



*somos parecidos a esos sapos que en la
austera noche de los pantanos se llaman sin
verse, doblgando con su grito de amor toda
la fatalidad del universo.*

René Char

los tullidos de la ciudad
se deslizan por esta vereda. Cuando mi boca se tuerce
en mueca compasiva, ellos se alejan
sonriendo sobre sus débiles piernas incompletas.



¿la calma provoca esta sensación de caída?
Bajo los tacos negros, un declive de encerados mosaicos.
Me aferro al vértigo
así, un lastimado se adhiere al que lo lava con una esponja

muro que desprende cal y orugas. Cara enfrentada
a la pared.
Me interesan los idiotas; aquello que hace del idiota un
ser inacabado un escozor de hambre

la mirada se abstrae en arbustos y las muñecas
quedaban en las zanjas sin piernas, sin párpados

los objetos tenían una descarga de ahogado
estancado entre maderas
y las ventanas eran clavadas
y la gente que huía, esperaba en los aeropuertos con
lastimosas miradas de animales que la fatiga arrastra
hacia los corrales

el desierto sería un paisaje más suntuoso.
El abandono no tiene declives,
ni chacales de hocico espumoso que olfatean las sienas
perforadas. El abandono sólo me tiene a mí

labios blancos de mi hermana sin aire:
esa es la zona
y he mirado los escombros de su boca sus dedos
asmáticos moviéndose en la tecla opaca de la sábana.
El deterioro era esa la única palabra: dame, dame
dame algo

y he mirado lo que desvanece en la franja negra de los corazones

lo que se mira también hace un destino
la botella lacrada envuelta en pobre musgo en los muslos esa tensión de huída sobre escombros. Atrás dejamos un paisaje de cabezas sin calma, arrumbadas en mesas que los rincones absorben

estuve entre vestidos colgantes
y los maniqués destilaban una saliva inocente.
El deterioro no era una intención. Sólo un escaparse sin ánimo hacia el destino

era un paseo arbolado de cúpulas hacia las que el cuello se estira, volcando el cabello en la espalda y en los ojos aguados el hambre se mueve como una serpiente

el sonido empastado de un bote deslizándose en el pantano: *esa es la zona*

todo es reciclado por la memoria. Lo que sucedió no está. Las revoluciones son aplastadas por infinitos pliegues, por cuerpos que se torsionan, botellas que vuelan por un aire de fósforo y vinagre.

La memoria sólo retiene esa lentísima caída de una cabeza en el empedrado

los neumáticos arrancados a las carrocerías apilan sus dientes negros todo pensamiento es peligroso. Ante él se extiende el paisaje del crimen

el aceite turbio que derrama un container:
uno está sólo para ser asesinado. Uno está sólo
frente a máquinas de perforar pequeñas y aceitadas y
densas.

Las ilusiones perdidas se derraman por un orificio
mínimo.

No quiero sorber de esa taza de té tibio.
Apacigua la desobediencia en el corazón de los hombres
No quiero adornos.

La muleta que empuja al convicto en las avenidas:
esa es la zona

en el tapete verde ruedan bolas de billar.
Hay franjas de un quitasol en el aire de estrellas íntimas.
Hay unas sillas de mimbre. Niños idiotas orinan con la
cara en la cal y esta música no devuelve bondad al
corazón

es musgo sonriente la noche partida por un quitasol

en la nuca de los elegidos
la extrañeza pone una marca de pájaro, un huevo imbécil

estaría en el lugar de la muchachita que sonrío
estática, tras la sombra de la hiedra.

Esta es la zona. Caídos con sus cuerpos entre la caída
de las sábanas.

Lugar de los demorados. Erraron la cita de la fiesta y
una estancia de madera amarga y espejos los contuvo.

¿soy la que estuvo tras la hiedra, detenida en
húmeda sombra? y entonces qué?

sólo el cuaderno en la luz

el cuerpo era circundado por verdes plantaciones.
Tosca formación de tierra negra y agua dilatándose en el
pastizal,
anunciaban el pantano que me aguardaba como un gran
perro oscuro a su cierva.

noches enteras sin sueño, con guantes,
una imbécil en enaguas por lo alto de la escalera
sentí piedad por esa niña,
con su cuerpo extenso arrancado de su pasión, quitada
de su paisaje, derrotada

Todo escrito es el quejido por este desastre:
la pasión no tiene zona.



en la mesa familiar mi padre no tenía silla.
Él comía parado, erguido sobre el mármol como un
monumento fúnebre;
pero su voz era alegre y ronca
y le gustaba relatar los condimentos usados al preparar
el almuerzo
porque era mi padre quien cocinaba en casa.

Tiempo atrás él degollaba gallinas en la pileta
del lavadero
y tapaba los chillidos del animal con el ruido del agua.
Con mi madre compartían ese espacio.
Allí donde mi madre golpeaba la ropa
él golpeaba la cabeza de un pájaro feo y sin otra gracia
que su entrega a una muerte cruenta.

Supe entonces que si era fea compartiría la
suerte de unas plumas sangrientas
y así fue cierto
que mi garganta respira por el tajo.



ingratos

los objetos cayeron por la escalera, desentendidos de todo cuidado.

La arenilla de las cosas rotas, sus líneas de cocaína en los escalones,

invitan a la fiesta inversa del desastre.

La puerta del balcón está abierta
y el frío colma los platos sucios sobre el mantel

¿recuerdas cómo oscurecía mi frente

bajo el sombrero de ala rota

o el dolor esa aguada esparcida en la noche donde un animal bebe apartado

porque su sed tiene ese brillo de agua rara en oscuridad

la sospecha de que Las cosas empiezan a empeorar es lo único que duerme sobre mi hombro
tranquila Leonor

los vidrios ya están rotos al fondo de la escalera
y asomada al barral

ves los destellos insignificantes de lo que tuvo un orden de belleza y utilidad.

Rabiosos insectos corren por los tabiques porque el ruido de lo que estallaba los quitó de la armonía
tranquila Leonor

serena como el criminal en el momento de quitar el cuchillo de entre los cubiertos

porque en tu mano los objetos pierden su inocencia
y en tu vida los sucesos ordenan con crueldad

¿recuerdas la corrida en la media a lo largo del

muslo?: una vena expuesta
el sombrío perfume del tiempo que perdías contemplando
actores de teleteatro en las tardes inmensas como otra
patagonia en las sienas
eterno femenino
de fastidiados mechones humedecidos en la comisura
de la boca
no pidas otro lugar que este descanso en el final de la
escalera
donde verás el derrumbe de las construcciones;
como ocurre a esta altura de la vida
embebido en acetona el algodón con el que vas a quitarte
el esmalte de los ojos.



Está anocheciendo en Austria
y aquí es otro día de hambre y de temor.
En la vereda de adoquines
esas sillas rojas tienen la intensidad de pasiones ilusorias
al sol.

En un frasco transparente, unas pocas flores poseen
el temblor de lo acariciado con desgano
son margaritas
blanco y amarillo contra un fondo de vidrio repartido.

Está anocheciendo en Austria y el calor es horrible
como una comida que se repite ácida.

Tiembla el cáliz invertido de las lámparas.
Los techos tienen una lentitud religiosa: penumbra y
cúpulas y confuso aire de encierro.
La sangre del cordero
(por estar ausente su cruz en mi puerta) señala todavía
a las criaturas del desierto

*y esa noche, en Egipto,
se escuchó un solo alarido porque en ninguna casa
faltaba un niño muerto*

¿cómo ese Dios pudo ser tan malvado?
y entonces, ¿qué bondad guardas para mí?



No deberíamos ser más astutos que la vida.
Advertir la trampa
suma a la caída, la humillación

ahora la botella impregna la mesa con su sombra angosta.
Tardaré en alzar el plato. La comida fue escasa y las
sobras en el mantel me tranquilizan.
Los días se saturan de estos detalles. Es la sumisión del
cautivo. Imágenes de vicios:
el cigarrillo que se consume a un costado de la boca
o la mínima felicidad que inspiran las tazas acomodadas
en el estante.

Recoge el telón sobre tus hombros, el cabello en
trenzas sobre tu nuca.
Que los pequeños lunares sean el estrellado cielo de la
Osa Menor sobre la tierra helada,
que el consuelo sea un relato de encaje tirado sobre tu
corazón
tan esquivo es el aire que pide la boca

los ciclistas atraviesan la calle como un
perfume de almendras quemadas oscurece el fondo
de un pocillo
y es zozobra el pañuelo que agita el viento en la garganta.
Lo cómico es siempre una torsión de la tragedia, un
cambio en su velocidad.
Uno de los ciclistas cayó en el asfalto y a la mancha de
aceite se la ve brillar desde la altura
rezagos el tobillo parece sangrar
y otra mancha humedece la mancha de aceite que brilla.

Es perdido el cielo tras las nubes oscuras
y sin elegancia, incómodo, el ciclista vuelve a escapar
en la calle vacía.

He perdido mi piloto en otro invierno
el agua se inquieta y la figura de piedra se inclina a
beber en la plaza cercada.
Imágenes descoloridas agitan la ventana, como en la
pantalla de un cine de provincias, aquella vez,
en el trópico, con mi tía bajo un paraguas,
viendo *El bebé de Rosmarie* en el aguacero que repetía
sus golpes de pequeño martillo de joyero en una función
al aire libre
provincias perros de ojos azules y las baldosas
rojas de los patios

un paisaje de crímenes consumados.



Los ciclistas pasean al borde de la calle, como en
un estuario de peces plateados severo llanto o
alegres ventanales iluminados
y el dolor
ese pez aún más frío, nadando en círculos.

¿podré acercarme a las magnolias sin salpicarlas
de barro?

estuario fijo murmullo que roza los suelos
de ladrillo
estoy impregnada de astillas como un pañuelo de colonia
barata.

Cerraré los bordes de mi pieza y el techo se abrirá en
una flor nocturna. Estoy saciada de roces, como una puta
y también con ella, cansada.

renglones de estaño en abril. Breves días de lluvia.
Larguísimas noches de viento en la escalera
ese detalle de la sombra del barral sobre el piso, carga
de un sentido macabro cualquier escena
incluso ésta: ascender los peldaños comiendo uvas, como
quien carga de monedas un teléfono roto.

Las ramas del paraíso llegan hasta los vidrios.
Recién ha oscurecido y todavía se ve temblar un último
resto de luz.

Gotea la canilla del lavatorio y su monótono sonido es
la música del abismo, al otro lado del barral
donde todo trastabilla

¿podrías acercarte a las blancas flores de magnolia
sin salpicarlas de tu saliva infeliz?

devuelve tu piel de oveja a las cortinas
devuelve tus ojos verdes a la copa de cognac y
ofrece esa mirada a los ciclistas
la espuma de tus labios al mar de los vejamenes
y que sean un temblor los pilares de la autopista.
Permite que se erosionen los vasos en la mesa y un
finísimo polvo de vidrio deje en el mantel la marca que
antes dejaba la sangría.
Recién entonces anota esos daños sobre los objetos
ingenuos
y con un fósforo frío corrige los grumos de ceniza en el
estaño.

Abril retira su guante de los días que quedan
el dolor parece ahora una suave ironía.
Sólo mis piernas son más débiles al borde de la escalera
y en la oscuridad
no se distingue la carne blanca de las magnolias
de la repetición de los amantes que vuelven a cubrirse.



y entonces damos una franja que es boca.
En el amor ruega fuera de sí.
Entre los amigos silba, displicente o astuta, otra vez en
su centro. Siempre conserva su naturaleza de pez de
las profundidades
escamas que son pálidas y rojas se doblan en una cúpula
cercana
su saliva es antigua, tan distante como el agua de un pozo
esa franja no da bienes
ni posee ideas adecuadas acerca del cloro
y sus efectos sobre los zapatos de altos tacos de gamuza.
Mastica la comisura de aceites limpios por todo
alimento

¿qué pedir si la lengua es otra sábana retorcida
para escapar del cautiverio?
¿qué pedir con los dientes probando el borde de la copa?
una mentira
que acerque el quejido a la respiración
boca de los débiles
un humo que sostenga la sospecha entre los labios
boca de mujeres fastidiosas
parecidas en todo a la verdad



sin otra intensidad que los hilvanes en el ruedo
y la nuca rasurada
ardía en esas fiebres de hojas húmedas.
El paisaje superponía paños de salitre. El hisopo acercaba
su llama de desinfectante rojo

¿quién me amó en la planicie de vidrio
si el carmín dibujaba mi boca en el derrumbe y atados
mis tobillos a un mástil
qué bandera fui?



y ella dijo: no te daré mi muerte
como no te daré el pañuelo que anuda esas perlas
ajustadas a un hilo sin afán.

Seré otra historia de raras fauces un escalón
de piedra alquitranada
pero no distraeré tu fastidiada mano con mi espalda,
ni me quitaré las medias para que conozcas el tamaño
de mi pie.

Seré imprevista aún en tu melancolía
cuando retires tus dedos de los guantes y un deseo de frío,
de algo lastimado que rozar, los agite.

esta materia de la deformidad no quiere gestos

ligustro amargo para demorar mis sienes.
Precarias tazas de arcilla donde beber mi alcohol blanco
y los días de junio lluviosos alzados en una terraza viva
pero no devuelvas mi cuerpo envuelto por vendas que
se deslizan como culebras pálidas
porque no te daré mi muerte
ni el pedido de agua de los lastimados
ni el estupor de los traicionados entre hierros curvos,
en una estación de tren.

Dame el brindis en esa copa de hierro que asegura tu
boca dame el desvío de paredes en la celda.

Estoy atada al mástil del despecho en el pavimento
ardido
bandera negra en plaza de armas blancas.

9

sospechaba el otoño tras los muros
y en suave declive, los escarabajos rojos caían al interior
de patios desollados.

¿mordía esa vara de ligustro?

¿mordía vísceras de la arboleda abierta?

repito el antiguo renglón de peces de hierro
muda respiración que empaña los ojos
crueldad de la fiebre entre azulejos
vanidad que pone brillos de nácar en los hombros
y mentir con el peso de las hojas que cubren los parques
porque es otoño en la llanura y en el umbral de mi casa
apagada de alfombras

es otoño bajo los lunares del pecho;
en esta sitio el corazón se aísla y la sonrisa es otro
vapor de enaguas
que se diluyen como una roca de témperas en el vaso
con agua
agrio sonido de cerámica rajada por un clavo
objetos abandonados al borde de la puerta.

Estamos caídos en desgracia

con ropas de limpiar en invierno los pisos de ladrillo

¿dónde estoy durmiendo con vendas que me
apartan?

conozco esos hierros blancos que gotean,
esas grandes ollas arrastradas en la oscuridad de los
pasillos

conozco las heridas nunca cierran

sus capullos invertidos regresan en el temblor de los
árboles sobre las ventanas

y ella dijo: finjo pesadillas que me distraigan.
Quiero mis libros en el estante, mis lápices en el
estuche, mi pánico en las terrazas.

He perdido
el abismo de ser sorprendida por la traición.



barco roto
en la inmensa bañera de loza fría juguete antiguo
barco roto en los más rojos corales
bañera seca y vacía y el barco en su fondo
 Tuve otras aguas de desidia y espuma que reía fácil.
 Tuve otras imágenes de lenta curva hacia la noche
otra desproporción entre la araña y su sombra en la
pared
ahora el barco olvidado el pequeño velamen
quebrado, tirado sobre cubierta,
su mínimo y delicado timón en un final de loza
cáscaras quebradas de un huevo fúnebre

barco que imagina otra suerte
el agrio manotazo que le otorgue su banco de costras
fijas
y en el hedor de basuras acumuladas regrese a la materia
inmensa
infancia de los objetos miserables
tan tristes en su resbalar sobre los baños de vapor y
azulejos colmados
 un espejo muestra el cuerpo desnudo que
se empaña. Otra infancia que desvió hacia este margen
de lavatorio sobre mi boca
canción de los acuarios y nieve sacudida por la luz
barco que te encimas a este poco deseo de bañarse
de estar presentable para la familia

la canción se queda en este contorno frío
el miedo en un resumidero de bronce sucio
barco pequeñísimo como otro niño lastimado en

palabras de Mallorca poesía de los barcos
apartar los ojales de los botones de vidrio
quitar las delgadas ropas de cursis encajes
los breteles una leve herida sobre las clavículas
que se transparentan las vértebras en ese ángulo
donde los cuerpos no tienen densidad; sólo una respiración
en el vapor
sólo un resplandor oculto por el foco
quejas que maúllan en los reservados
tanta agitación sobre sábanas tiasas
y un malestar de hierros comidos por la sal

 el pequeño barco roto
atraído por la succión
hacia un fondo de aguas servidas
un pliegue de rejillas donde tiramos la sangre de los
confesionarios.



de la enfermedad no tengo el malestar,
sino el oráculo.

De los pecados tuve todas las culpas
y ninguno de los placeres

ah, profecía! tu lunar aparece pintado a un costado
de la boca y las pestañas,
con una curva de insecto sobre los párpados, guardan
la traición de los objetos ortopédicos.

Seducida en un escalón; en el mármol debo recibir tu
anuncio

este pobre resultado: cuentas amargas de quien agrega
o quita perlas de un collar del que hemos extraviado el
broche

en el hablar de un acosado
los pies descalzos para atravesar la escarcha de los
campos hacia la rectoría,
y la voz del amante en el teléfono
errores en la saliva
oráculo que intento desarmar palabra por palabra como
a un mecano inverso
absorta en el ventanal y con un perfil excesivo,
la boca oscura de verdad repite gemidos de cachorro
golpeado

la profecía arrastra su caracol en hojas del gomero
y quedan
esas lagañas del torpe movimiento del sueño
y entonces ¿había un orden donde los sucesos
encastraban y la emoción desobedecía?

entonces ¿era cierta la amenaza de los días
en un continuo autista crecido de la peste?
y entonces ¿compartía la humedad de los muros
ese cabello que chorreaba en la espalda?

ah profecía! anuncia en otra tela
entrega tus gotas de tinta en otro puño.

Pido aire para respirar. Pido el agua donde mis
pies tendrían una felicidad anfibia.
Es mi hora de extender la mano y quiero en ella algún
jazzmín de provincias.
La avenida persigue la orilla de un río manchado de barcos.
Aquí terminan los malos entendidos y la ciudad termina.

un vaso de grapa en el mostrador
y soy la que bebe de ese vidrio;
aquí las amarillentas mejillas, la cansada boca de quien
duerme agitado, respiran contra mis dientes.

Voy y vuelvo de tu amenaza profecía
es una hamaca de maderas celestes, en un jardín con
hiedras. Los zapatos blancos rozan la gramilla
al moverme monótona y trágica como un jugador a cuerda
y el sol de invierno se ofrece como un relicario de plata.

Debo irme
fugarme de esta puesta en escena debo irme.

Me has preparado el cajón blanco de los niños
el puñal apretado entre los pechos de la ópera;
alumbras con el candelabro tallado de pequeñas flores
cursis,
seducen tus lascivas canciones de cabaret.
Me mantienes dopada con tus promesas de un vestido
con desbocado cuello de encaje sobre el hombro débil
y mis ojos flotan en ese láudano. Son cortezas verdes

debo irme

ya no tengo paciencia. Están rotos los eslabones del
aprendizaje desde el mono hasta mí.

No tengo otra herencia que un malestar inacabado.

No acepto esta división de la materia entre criminales y
víctimas

debo irme

a contemplar esos campos de alfalfa las vacas
dispersas como monedas caídas

y mirar como ellas miran unos pocos árboles en la llanura
y en sus lenguas pesa el olor de la sombra

blancas y negras

esas vacas como una bandera que olvidó sus recursos

debo irme

desde la ventanilla del tren veo el pequeño cementerio
de *La Rubia*, con su monumento fúnebre saliente entre
tumbas blancas.

Las tormentas arrastran la selva por los precipicios.
Bajo las sandalias están los círculos ciertos del fin, del
mundo mío

ah! profecía insistente retira el pie helado
que apoyas sobre los extremos de mi chal
soy desobediente

y es agua de los sótanos quien calma mi mano.



y de la fiebre, entonces, ese color de faros
fugitivos en la curva de la ruta
esa necesidad de hallar un páramo abierto. Mi respiración
no pide otra caricia que un vidrio frío
ventanal de la Matanza
y el pantano que resguarda sus flores del desborde, los
lagartos blancos se deslizan en pastos azules banderas
de la fiebre.

Son equívocas las sombras del alambre en la tierra
bordes de un lugar ingrato ¿llovía contra el
ventanal dejado abierto con descuido? ¿Se humedecían
los muebles y después las puertas dejaban de cerrar
con las maderas hinchadas como algo vivo y golpeado?

No era la fiebre quien anunciaba destrucción y
demora. Sólo marcaba contornos como un rouge delata
una boca agotada palabras de comisuras blancas
tus sábanas ocultan el cuerpo vendado por trapos de
algodón
pequeña momia
mínimo dibujo de cal
ningún telón cubre lo abatido e insomne
y de entre esos huesos de ballena en el arenal vacío,
el mito se reduce a una gota de aceite en la mano lavada
de anillos.

lámpara de uñas cortas llama antigua que
no termina de sospechar un pasaje, un estrcho posible
aguas que comen catedrales
luz temblorosa de los que acercan sus frentes a una
página:
papeles amarillos cruzados de insectos, ciudades con

puentes sobre los canales,
fiebre y desdén
nada para aferrarse más que una sábana por momentos
demasiado pesada
nada para evitar
un resguardo húmedo más peligroso que la caída
más vulgar los sensuales roces de las pesadillas que la
mirada atónita en la ventana abierta,
o apartarse en aguas de un pantano hermético
¿No escuchas el roce del agua en las rodillas?
¿no está el peso de la orilla en tu cerebro blanco?
con sus árboles de un verde oscuro perfumado
ese paisaje de reptiles y follajes en un turbio temblor
memoria que transpira
espejo acumulado junto a la chimenea de piedra
y entonces pedir otro fuego que aumente el incendio
entre paredes
pedir otro terror
que fije al amigo derramado en la calle y a la madre
seca en un umbral de cenizas.

 fiebre, ¿qué me has quitado
más que esa apariencia de salud? mi sangre no
tiene recursos
fiebre que brillas como un cuchillo al que se limpia en
un montón de estopa
o en pastos
o bajo el chorro de agua en los lavaderos.

 El brillo de la hoja se repite en el brillo de la
herida sobre el muslo opaco
y entonces renuncias a todo trapo que impida la condena.
Recuerdas el alimento escaso: la porción de arroz blanco y
las oscurísimas hojas de laurel

y te inclinas sobre la herida
como un huérfano sobre los vidrios de la casa de expósitos.
Se mira la calle tras un jardín de escombros un cielo
intranquilo, velado de humos ajenos.
una musiquita de feria insiste como un dolor de muelas
cielo de fiebres continuas e iluminación escasa.
Mi madre se mueve con un mechero de hierro donde
hervirán jeringas.
Van a ver mi sangre como cine mudo en una palangana
oxidada
y hablarán en susurros desapacibles mientras arden
plumas, cuentas de vidrio, esas orillas de terciopelo
verde que duran en mi boca hambrienta de objetos
amables.

 fiebre intranquila
que es saber y pedir no haberse enterado nunca
y atrás y escurridiza como algas la inocencia
se retira dejando una huella de talco sobre los muebles.
El peso inestable de la fiebre, el pulso que late apenas
en un animal que hiberna
y son rancias las puntillas del camisón
son desganadas las agujas del pequeño reloj con tres
mínimos rubíes en su máquina
es avara la luz que penetra entre cortinas
y la fiebre es ese pez de ojos estúpidos que fulgura
alrededor de un vidrio rajado.



en aquella intensidad
es tan poco el abrigo, tan oculta la boca de mi madre.
Un canto perdido en lavaderos de invierno. Sus estrechos
párpados sobre la mirada azul deshonras
desdichado perfume de lo que duerme en los pliegues
todavía escucho el tren que no termina de recorrer
el puente. Los pesados ejes brillan con fuegos de kermese
y mi corazón reposa una tersa serpiente en el frasco de
laboratorio.

son tan opacas las torres de la iglesia en
la negrura. Se vive en el temor del sonido de sus campanas
cubiertas de sarro
y tan inmóvil el plano de luz en los azulejos. Mi madre
sostiene una pequeña rama de laurel y proyecta su sombra
en la pared que brilla
los tacos negros en un desorden de breteles de lencería,
ojos atravesados por un hilo blanco en las agujas, la
tijera cerrada en un estuche abierto
sólo ese olor de cosas desarmadas, de objetos que se
marchitan.
Un sudor acre resbala en las flores rojas. Sobresaltan
como una herida en el estante de madera lavada

madre ¿no vendrás otra vez sobre mis pies, con tu
taza de agua iluminada con alcohol fino?
¿no vendrás sobre mi mano también atravesada
por un dardo perpetuo?
madre ¿no medirás mi saliva con gotero de vidrio?
una lapicera de pluma inyecta tinta en un tanque

translúcido

¿era la madre quien quitaba bondad de la mejilla?
¿era el desgano de su camisón otro pasaje, otra llanura
donde la sequía apartó los animales?

no hay piedad cerca de las sábanas
todo es veneno, o sangre que se da, o llantos con una
curvatura de cuello de garza

No haber mirado fijamente las venas de tus
muslos: esa es mi culpa.
No conocer el peso de la respiración entre las vigas de
tu casa.

No consolar los metales porosos; arrastrados por
tu furia, temerosa de una aguja imantada que señala
desvíos
y mi culpa: resplandores del barro que macera el pantano

no hay hijas cerca de los catres.
No hay cintas de inocencia en el cabello lavado

en campañas de otro desierto, también a mí
me quitaste la tierra.



es ironía esa humedad que ciñe las sienes?
¿es enfermedad unas fotos de infancia repartida?
Mi madre aún aprieta sus labios contra el hilo de costura
y uno supone
las puntadas ajustadas de los pechos para no alimentar
otra hija
y no imaginar otra pluma que moleste su frente

¿es hambre entonces lo que tuve?
¿y me brindaron sed cuando las copas se unían
transparentando las manos?

Debo irme
retirar de las baldosas aquel peso de cabellos mojados
¿cómo aceptar la corrupción?

Estoy apartada en musgos de jardín. Son flotantes
las puntillas de los ruedos.

La mano sostiene una pantalla de juncos con la que
mueve el aire.

¿Cómo acercarnos al trabajo de la sombra;
al reptar de las hiedras en el alambre tenso?
en todo caso
¿cómo desechamos la inocencia en el jardín?



atardece abierto sobre los vidrios. No
tiene mi boca ese color antiguo. La ansiedad pide
declives
quizás esa mancha de aceite en la luz
o algo rojizo y tenue de garito en una calle de tierra

boca de labios flojos costura que se
deshace
el temblor la asemeja a esa luz que no puede persistir
¿reías? boquita infantil en la tormenta ¿reías?
el cabello desatado, la frente aliviada y desatenta
como un frasco que se derrama

el barro crecido golpeaba el escalón de la puerta
y allí hundías tu pie encerrado en su sandalia
la boca entonces era un arbusto quieto,
descolorido bajo el peso de la lluvia

padre
¿por qué has construido este arrabal? Soy la menor de
tus huérfanos;
soy tu pabellón de lienzo crudo donde el aire no llega
y mi boca es extraña a la respiración

padre
aire donde no respiras son esos muros de cal y hiedras
o esas gotas de guitarra en un patio lento, apisonado
son los rasguños del picante en el bocado que ayer
detenía en las encías
o esos cardos abiertos como una camisa guaranga.

No tengo arraigo en esta cocina
el mármol limpio,

los cubiertos que brillan al abrir del cajón,
las tazas chinas incapaces de relatar sus dinastías envueltas
en seda, el aceitoso mar que inclina las pantallas de juncos
de los barcos,
los funerales de humo con trenzas ceñidas por el papel de
arroz,
y los largos pantanos de oriente con sus pagodas quemadas
por la viuda Ching
en esta cocina no hay historia
aquí las tazas inocentes
aquí las flores de pequeñez perversa quitadas de un
zanjón de *Matanzas*

no tengo arraigo en esta mesa de madera
reciente

padre

hemos llegado a un lugar de reunión. Estás con tu cigarro
pitando el humo falso de la chala
están los botines con los cordones desatados sobre la
alzada
están las cenizas que hacen turbio el dibujo de la alfombra
y suave y entregada Maysa nos olvida y dice:
la tristeza no tiene fin.



y el resto era oscuridad estancada después
del ligustro
tierra extranjera, con vándalos de torcidas piernas.

¿Fui huraña con los emboscados en la noche que
duraba?

¿fui taciturna con ellos que venían a pedir un jarro de
sangría?

Nada era bueno si llegaba de esa sombra.
La humedad descampada impregnaba sus telas
y el sombrero empapado derramaba el fieltro del ala
sobre los ojos pardos.

Nada era bueno si quedaba detenido en ese estorbo,
esa noche compacta para tocar como un objeto.

La fatiga acumulaba hombres y oscuridad tras el
ligustro.

Hiedras de la inocencia alcanzaban la pared
era el rito de los jardines en *La Matanza*.



un estudio de composición resuelve
los desplazamientos de la luz, la acumulación de tinta
y en la tela que cae desde los hombros,
el roce de la sangre.



todos quisimos ser cantantes de rock
esa música era buena para nuestras torpezas
duraba lo que nuestras gargantas bajo el cuchillo.



A Sergio Kisielewsky

el verano era estirarse en la baldosas
del patio para alcanzar algo parecido a la calma
algo de calma y mucho de sofocación
como si un asaltante nos tapara la boca antes de mostrar
la navaja.

El mosaico rojo disimularía la sangre;
en cualquier caso el calor era inmenso
y las begonias agotadas dejaban caer sus hojas de carne
oscura sobre los bordes de las macetas.

En los trópicos las paredes no se empapelan.
Demasiada humedad. Demasiado abandono. La cal es
suficiente para empalidecer el deterioro.
Del pequeño jardín llegan tufos de fiebre
y los perros de ojos relucientes se mueven entre los
cuartos buscando sombra y aguas olvidadas.

era otro paisaje,
un paisaje sometido a infamias. El sol deshacía los muebles.
En las sombras los herrajes se herrumbraban y en la luz
ardían como labios que se conocen en la sed
y en el agobio de calores tumefactos,
los amores contrariados estancaban la sangre
surgían misteriosos como el origen de la vida,
como la muerte, extensos
y una armonía pesada entre el paisaje y la carne sofocaba
los gemidos.

Lujuriosa botánica de flores nocturnas

y los perfumes crecientes eran trampas tejidas por insectos
ilusorios
y el latido de la siesta que fermenta otra fruta arrojada
en alcohol blanco
y los blancos batracios
duermen bajo las piedras
pereza del desorden que resbala.
Las estrellas tardaban en retirarse de la noche
y al comienzo del día, el sol, giraba herido de fiebre,
recordaba los días pasados y mantenía el presagio de
un tiempo no vivido.

No dormiríamos en ese calor de lluvias
mórbidas
no descansaríamos en esa casa de familia donde las
sábanas se almidonaban y los postigos
impedían la llegada de la luz
no hincaríamos las rodillas en el reclinatorio oscuro del
dormitorio bajo la imagen de la virgen española
dados alzados de una mesa, nos quitaron de esa
tarima de tablas hinchadas
para llevarnos a dormir en celdas de hotel con tragaluces
mínimos en lo alto de la pared
¿qué reino nos quitaron como a un niño nacido
sin llanto, tan desdichado como otro que vivió para tirar
sus días a los perros?

El paraíso era esa pesada orilla donde se
pudren los dátiles,
este espejo de vestidor donde nos contemplamos desnudos
en el error,
o el fingir estar viajando en tren hacia las salinas junto
a la ventana del café.

El día permanecía fijo, entonces. Un alfiler clavado a una
mariposa de colección
y las grandes alamedas se cerraban para nosotros
y la oscuridad era una bolsa de polietileno que nos
tapaba la boca
y en los estadios nos cortaban las manos
y la poesía era un poco de carne podrida, oscura de
moscas, al sol.



tuvimos un tiempo de morir.
Recuerdo largos alambres donde se colgaban las sábanas.
Los rieles en piedras desparejas prometían un sonido que
no llegaba
todo era quedo
y permanecíamos tocados
cargando las ropas blancas de los esgrimistas.

tuvimos un tiempo en el que los parricidas
escapaban a caballo por campos de salitre
era invierno y las bibliotecas ardían en pozos del jardín.
Aumentaba el frío en los pasillos. La circulación de voces
retenía el soplo de las caravanas; una insistencia de telas
pálidas aguadas en oscuridad
todo era quedo
y tras las persianas entornadas los hombres miraban su
patria.

tuvimos un tiempo de morir
estorbábamos
fuimos el sueño promiscuo del padre que cava en el
reino un lugar para el hijo
recuerdo esos portones de apretadas ortigas
el aire contraído de los sótanos
citas en el mercado. Dentro de la tormenta los mostradores
exhibían un lujo de gallinas asesinadas
todo era quedo
acostumbrados al quejido de los animales entre las
tablas.

tuvimos un tiempo raro
encarnábamos la historia agria de traición
en todo caso
nuestros cuerpos fueron la pampa de los matarifes
y, es cierto, nuestra piel era tensa como tela a punto de
rajarse.

La noche sería de lápices rotos en los estuches, de
lámparas pesadas como un rastrojero en el barro, un
celofán cubría las bocas
el escribiente tardaba en cerrar los envases de tinta del
pupitre
y todavía la sangre recibía una linfa de amapolas.

tuvimos un tiempo de morir
y nadie nos retiró la herida, ni aliviaron nuestros pies
con zapatillas de básquet
la respiración completaba los vasos de vapor,
todo era quedo,
la luna de los dormitorios devolvía los hombros débiles,
salpicados de lunares como un cielo evadido de brumas
la imagen del castigo resbalaba en las escaleras como
un juguete de lana
el uso de los objetos no desprendía sonido. Era la noche
de los invernaderos.

un tiempo de catres tapiados
de almendras en un frasco cerrado
mira mi boca:

se deshace como azúcar en el agua
y la boca de aquellos a los que el agua les oprime las
rodillas
y los que en el beso respiraban con la lengua en otra

boca
y los que hablaron
y los que callaron
y los que soplaron en el vidrio de las fundiciones.

La botella está en el vértice de la luz y transparenta
un espacio sin mensajes.

despeja la mesa de estorbos
porque ya terminó un mundo sin derrumbes ni sollozos.

Vuelve el aire que dilata las pupilas y déjalo cantar
a Feliciano esas canciones ajenas
todo era quedo
a esas horas en que debimos apartarnos junto a las
arañas de los reservados.

Saber o no saber
ponía los anteojos al borde del estante
fuera o dentro del estuche
junto a los ojos para ver las listas de nombres
o colgantes de un cordón, sobre la pechera entumecida.

tuvimos un tiempo de morir
desde la torre, la piscina es un recorte de luz húmeda
en el pasto crecido.
Lejos está la adolescencia con sus figuras ornamentales
antes de la caída; lejos el valor de los cuerpos.
Fuimos tocados en la mejilla por una hora pobre
todo era quedo
pudimos estar como un anillo en su package de terciopelo
pudimos sostenernos desvaídos como una línea de humo
en la noche.

de morir
era la piedra ajustada por nieve
y es hora que en la hornalla no dejan de hervir las
jeringas.

Juran que la ciencia tiene una palabra para mí
y atropellan el alambre de los corrales porque poseen
el saber y el desprecio.

Ya no hay hora donde el toque de queda anuncie
la cacería.

Los bronce retornaron a su naturaleza de taza en los
camarotes

y llegan los carros a las antiguas estaciones de ladrillo
para recibir las encomiendas;

el perfume rústico del papel de estroza cubierto de
estampillas selladas con mala voluntad.

La intimidad sospecha de otra intimidad

los movimientos astutos de los cargadores simulan el
reloj averiado bajo la chapa verde que gotea

un tiempo de morir
momentos apretados como dados antes de la caída.



a Ricardo Soto

así estamos
con los botones de la camisa desprendidos los pies
hundidos en agua como gajos de retama puestos a brotar
lo que se dice: *a nuestras anchas*
y piden aire estas bocas complacidas por el ventilador
que rota con un sonido de esfuerzo continuo.

He quedado en este lado del río porque en la
otra orilla no quieren mi visita y está bien, porque aquí
la tierra es pantanosa. Es mi lugar.

Estoy agradecida agitándome como mariposa
en la luz. Me reúne un hilo iridiscente envuelto en
vidrio; así
a los animales dispersos los reúne un olor de corrales.

La tarde se va en susurros.
Un carro atraviesa la calle cargado de cartones; un hombre
camina a la par del caballo y mira abúlico las
bolsas negras de los consorcios
construcciones que renueva el desastre: abrimos las
cajas, quitamos el instrumental
y los cartones se van en el carro latinoamericano.

vuelvo a hundir mis pies en el agua
me expando en un bienestar de piscina acotada a lo
que fue un balde de pintura
y ahora tiene mis pies jugando en agua limpia
soñolencias de amparo ablandan la nuca que rota fingiendo
ser luna del corazón.

Las uñas mutan hacia la textura de un cartón
humedecido. Si ahora lo intento la tijera podría atravesarlas
y cortarlas

pero me gustan mis pies de campo *uñudos*
diría mi padre con una expresión de festivo desprecio
así estamos;

lo que se dice: *al acecho*
amplia de caderas y de pecho mezquina. Cada cosa en
una proporción inútil.



ese recorte de luz en la ventana
de un sol oblicuo y pronto a ocultarse
hace más nítido el borde del papel que se despega en
la pared del dormitorio.

Ya no estoy en aquel cuarto
pero todavía cae sobre mi rostro ese resto de calor
y sobre mis hombros también cae el filo de un azul
deslucido
pequeñas flores de un muro alquilado en el hotel *Caribe*.



¿Debo ser porosa como la piedra de afilar?
tan oscura junto a la alpaca mellada del cuchillo;
contrasta en la mesa como si un quinqué perdiera un
humo de sangre.

¿Debo ser esa piedra que no termina de dar intención
a su objeto lisa y áspera
promete consecuencias que nunca superan el corte de
un ala de pollo

Ser tan nítida contra los azulejos blancos
un instrumento que profundiza la maldad
y permanece con cara de *yo no fui* opaca
con ese peso ambiguo de piedra que jamás será lanzada
carburo de silicio: abrasiva en su abandono impávido,
refractaria a toda proximidad y dispuesta a gastar caricias
en un roce envenenado

dejaría mi boca empastada de rouge en tu corteza durísima
entregadas una a la otra
en el clásico cansancio de los materiales.



LA NOCHE DE LA ASTILLA

a Alejandro Ricagno

y ella dijo: me desprendo del empañado
cuerpo de colchas e intento recordar
¿cómo eran los pasos que me llevaban a la cocina?
¿cómo era evitar el filo de los muebles?

Las notas tardías, ajustadas a una tinta azul negro
fijo
relatan los pies desnudos en el piso que devolvían un ritmo
frío a la sangre. Los ojos, ya más lúcidos, recobraban la
noción de intemperie.

La noche era húmeda y las casas exhudaban el familiar
olor del veneno
los pies descalzos afirmándose en una tabla que quiso
gemir
y la astilla que entraba en el pie
y el dolor que aseguraba recuperar la razón

una astilla
algo mínimo que se desprende de un mundo que inspiraba
confianza. Alzarse de un colchón sin abrigo entre esos
ángulos de paredes agrias
y ahora sostenerse en un pie bajo la lámpara apagada.

Los objetos se escabullían en los estantes.
La noción de realidad tanteaba en la imaginación porque
no tenía saber

una aguja con su punta en el fuego
¿dónde el costurero dónde dejé la caja con su

instrumental modesto?

¿dónde el frasco de alcohol?

o al menos la pequeña botella de caña y en la etiqueta
aquella imagen del mundo sonriendo

¿cómo era ansiar esos objetos que pudieron ser el ajuar
de un hotel maligno?

detenida en oscuridad

el pie ni siquiera duele

pero está en él esa ínfima lámina de un mundo inestable
porque así es: hay una pobreza en lo que hiere

minucias cardos en el vapor

y hay barrocas torpezas de lo herido que no tomó

notas no subrayó

no marcó un círculo en esas zonas de maderas

y no limpió la herida

esa noche tiene un nombre en mi biografía

y es: *La noche de la astilla*

tuve otras noches

las de las moscas

la de la iglesia

la de la enagua sujeta a un clavo

la de la cena en un coche comedor

noches de serena dispersión, de pudor barato

otras noches de navaja francesa en la academia

¿quién podía sospechar que allí estaba yo con mi anillo
rojo y mi pesada boca de maquillaje?

Leonor, leonor, abandona la astucia.

Confiesa que en la herida

vos retenías el sabor de escribirla.

9

Final



HOTEL DE TURIN

*a Cesare Pavese
a Leonor García Hernando*

*En un hotel de Turín
hay una habitación espesa de humo
que huele a humedad de amores solos.
En un hotel de Turín hay una habitación
donde escribir da asco. Dormir,
tal vez, soñar, sólo aceleran
la duda del príncipe que a punto de abdicar
viste su traje de tímido homicida.
Su venganza se trama en el espejo,
donde ante la duda, sereno,
se afeita. No sueña.
Desde la calle sube el rumor
de aquellos que pasan arrastrando los pies
bajo la ventana de la habitación
del hotel de Turín.
Lo oigo llegar hasta aquí
como el mensaje en morse
de un hermano enfermo.
Y allí, donde me afeito,*

*oigo también el goteo espeso
de una canilla que se abrió hace décadas
en una habitación de un hotel de Turín.
y nadie pudo arreglarla.
No pudo tampoco la fugaz pasajera
después del trabajo de toda una noche
(y estaba cansada) quitar el olor
a sudor y a sexo de su cuerpo y su pelo.
La máscara azul del maquillaje
era un tatuaje trunco tendido junto a ella
en el lecho por fin vacío,
por fin sólo para su cuerpo solo,
en la habitación del hotel de Turín,
mientras, a lo lejos, dejaba correr el tambor del agua
que sin cesar goteaba.
La canilla insiste en su misma canción
desde siempre,
como un hombre terco
sobre el vientre de una mujer alquilada
en una habitación de hotel en Turín y otras ciudades.
Se sabe que, a veces, sobre los lechos sucios,
un hombre, una mujer trafican
un cansancio húmedo y un humo espeso.
Lo sabe el príncipe abdicante y él también insiste.
Intenta cerrar aquello que subraya
el paso fatal de los minutos en la habitación del*

hotel de Turín.

*Observa el remolino en que se hunden
los restos de su barba y recuerda una última fogata
encendida en otra luna. En la luna del espejo busca
los ojos de quien se dijo debía acompañarle
y encuentra la mirada del que se dispone a abandonar
la costumbre de un oficio.*

*Sube desde la calle el rumor de los pasos
de otros transeúntes que van hacia el trabajo.
Quizá entre ellos alcance a distinguir
los de aquella pasajera que días atrás ocupó la
misma habitación
del hotel de Turín, donde ahora un hombre afeitado
espera que el espejo le dicte la orden del último gesto.
En la habitación del hotel de Turín
un hombre ha ordenado unos papeles
y acostado en el lecho,
la respiración cada vez más espesa,
escucha el gotear de una canilla
que ya pronto dejará de atormentarlo.*

Yo también lo escucho desde aquí.

Alejandro Ricagno



DATOS DE LA AUTORA

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscrita en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

Nota de la impresión papel

*Terminamos de imprimir
El cansancio de los materiales
en el mes de enero del 2001, en el porteño barrio de La Boca
-donde siempre hay lugar para las artes-
en las prensas del taller de Carlos Firpo
de la calle Suárez 659, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Se usó tipografía Verdana cuerpo 10, papel Ecocel Andes de 90 grs.,
cartulina Conqueror Vergé de 250 grs.,
y se ocuparon de la edición en la diagramación, originales
y diseño Paska, fotomecánica Gonzalo Ortiz,
maquinista impresor Alfredo Cornetta,
encuadernación Norberto y Luis González, coordinó la edición
Felipe Firpo y la dirigió Carlos Firpo.
Todos lo hicimos poniendo un poco más que el oficio,
porque nos da placer
y porque Leonor se lo merece.
Y la cinta con el lacre la puso ella.*

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in
garcia_hernando_el_cansancio_de_los_materiales.epub

